



«A mi nieta Helga le he contado que al abuelo Enrique le mataron por pensar diferente»

Bárbara Dührkop
Viuda del senador socialista Enrique Casas

«Ahora que se cumplen 35 años del asesinato de mi marido, creo que he aprendido a vivir con la pena, pero siento que la ausencia se hace mucho más presente»

:: A. GONZÁLEZ EGAÑA

SAN SEBASTIÁN. Era 23 de febrero de 1984 y Buskadi enfilaba el cierre de la campaña de las elecciones autonómicas. Bárbara Dührkop acababa de salir para llevar a los niños al colegio. Su marido, el senador socialista Enrique Casas y candidato del PSE por Gipuzkoa al Parlamento Vasco, estaba a punto de salir para participar en un acto electoral en Altza. Minutos antes, a las cuatro menos cuarto de la tarde, dos terroristas de los Comandos Autónomos Anticapitalistas, disfrazados con mono de trabajo, llamaron al timbre del domicilio familiar, en el número 12 de la calle Bera Bera de San Sebastián, donde estaban su hijo Richard, estudiando en su habitación, y el peque-

ño Andreas atendido por su niñera. Casas miró por la mirilla y escuchó a un presunto operario pidiéndole que retirara su vehículo porque debían abrir una zanja en la calle. No sospechó, giró la llave y abrió. En ese momento, uno de los terroristas le disparó dos tiros, uno en la cara y otro en el cuello, que le atravesó la yugular. Herido de muerte, el dirigente socialista retrocedió por el pasillo mientras el pistolero le descerrajó hasta trece disparos más por la espalda. Cayó desplomado en el dormitorio: Hoy, 35 años después del atentado, su viuda, la exparlamentaria europea socialista comparte sus reflexiones sentada en el mismo salón de aquella casa, la misma en la que vivió los peores momentos de su vida, pero también los mejores, junto a Enrique y sus hijos. «Creo que he aprendido a vivir con la pena, pero ahora, en esta etapa de mi vida, siento la ausencia mucho más presente», confiesa, mientras repasa aquellos momentos amargos, pero también el deseo de que sus tres nietos, Helga, Andreas y Aitana, conozcan la verdad de lo que le ocurrió a su abuelo. De

momento, a la mayor, de ocho años, le ha contado que «al abuelo Enrique le mataron por pensar diferente».

«Este sábado, 23 de febrero, se cumplen 35 años del asesinato de Enrique Casas. El terrorismo le arrebató a su marido cuando apenas llevaban seis años de casados...»

«Cuando una piensa que son 35 años, parece que queda muy lejos. Y así es si lo miro desde la perspectiva de mis hijos. Richard tenía 17 años, Daniel, cuatro, Cristina, tres y Andreas, ocho meses. Hoy, sin embargo, creo que con los años se aumenta la ausencia. El vacío es más grande. No pensaba que iba a ser así. En un momento, crees que te has curado de la pena, pero realmente lo que has hecho es aprendido a vivir con ella. Ahora que los 'niños' están fuera de casa y tienen su propia vida, siento que me hubiera gustado muchísimo compartir con Enrique la tranquilidad de la vejez, el bullicio de los nietos y, sin embargo, veo que la ausencia crece. ¡Qué injusto ha sido! No lo digo con tono de amargura, sino como reflexión serena, con cierta resignación ante un hecho irremediable y cuyas

consecuencias, año tras año, han sido patentes.

«¿En qué momentos le echa más de menos?»

«Cuando mataron a Enrique estaba en la plenitud de la vida, tenía que sacar a los niños adelante, trabajar... y la ausencia estaba menos presente. Ahora, estoy en otra época de mi vida y la edad deja mucho más tiempo para hacer otras cosas, pienso cómo le hubiera hablado del último libro que estoy leyendo, hablaríamos de nuestro hijos, de los nietos...»

«¿Sigue viviendo en la misma casa que en 1984. Nunca quiso marcharse de Euskadi.»

«No era ni siquiera española. Llegué en 1978, llevábamos seis años escasos de matrimonio. Para mí siempre ha sido mi casa y lo seguirá siendo.»

«A pesar de que en ella vivió los momentos más duros de su vida.»

«Aquí pasó lo peor de mi vida, pero también lo mejor. Enrique y yo formamos una familia, teníamos arriba a los cuñados y sus hijos.»

«¿Las imágenes que componen el relato del atentado le siguen sobresaltando en su memoria?»

«Ya no. Me queda la foto de Enrique en el suelo; pero no voy a decir que me persigue. Me queda el momento angustioso en el que salí a la calle y grité a mi cuñada María Jesús: '¿Dónde está la ambulancia? Enrique vive, vive'. Era la necesidad inconsciente de hacer algo, cuando realmente yo ya sabía que no había nada que hacer. Esto queda en mi memoria, pero no me produce la angustia de despertarme por la noche. Si siento en cambio, amargura cuando recuerdo a Richard en el salón dando patadas a la pared y diciéndome: '¡No vayas, no vayas! Era un momento de incertidumbre, acompañado por el subconsciente que me decía: ¡Está muerto, está muerto! Quizás fue el momento más difícil de asimilar, el más crítico.»

«¿Y cómo hizo para volver, días después, a dormir en la misma habitación en la que Enrique había caído acribillado...?»

«Lo cambié todo. Quitamos la moqueta. La cama en vez de dejarla en el centro, la puse contra la pared porque ya iba a estar durmiendo sola. Cambié la cama y ocupé su armario



En Bera Bera. Bárbara Dührkop, en el salón de su casa, la misma en la que unos terroristas acabaron con la vida de su marido, Enrique Casas. ARIZMENDI

enseguida. Quizás yo soy muy bruta en eso. He visto casos de víctimas que convierten el lugar donde vivía la persona asesinada en un santuario, que les cuesta quitar la ropa... Yo pensé: 'Lo hago ahora o no lo hago nunca'. Evité tener un lugar intocable. Lo único que me quedó fue el billetero y la máquina de afeitarse, porque olía a Enrique. Al mes o así pensé para qué y la retiré también.

—La memoria de Enrique sigue estando muy presente en las conversaciones familiares. ¿Hablan mucho de él?

—Ahora que tengo nietos, hacemos muchos comentarios sobre él porque además era muy niño. Siempre recordamos que nos hubiera gustado que los nietos hubieran conocido a su abuelo Enrique.

—¿Qué saben ellos de lo que le pasó a su abuelo?

—Todo. La parte política aún es muy difícil porque son muy pequeños. Pero mi nieta mayor, Helga, tiene ocho años, y ya sabe algunas cosas.

—¿Quién se lo ha contado?

—Yo. No me parecía bien no ser sincera con los niños. Hay que contarles la verdad porque creo que es la manera de que forme parte de su vida de modo natural. Se lo consulté a su padre, mi hijo Dani, y me dijo: 'Tú mamá, dile lo que tú quieras'. Helga se fijaba siempre en esa foto pequeña —Bárbara señala el mueble del salón—, y un día pensé que debíamos hablarlo: 'Este es tu abuelo Enrique', le expliqué. '¿Y dónde está?', preguntó. 'Mira, al abuelo Enrique lo mataron'. '¿Cómo?', se sorprendió. 'Con una pistola'. '¿Y por qué?'. Con palabras sencillas le expliqué: 'Mira, el abuelo Enrique estaba metido en política, que es donde se discute lo que hay que hacer en el futuro en un país, pero había gente que creía que uno no podía pensar diferente y te mataba. Y eso no se puede hacer. Le mataron en casa. Lo que querían era que no hablara más. Pero no lo han conseguido porque sus ideas siguen vivas. Tus padres, los tíos y toda la familia seguimos hablando del abuelo y de las ideas que defendía'. Helga tenía entonces, más o menos, la misma edad que su padre cuando mataron a Enrique. Cuando sea mayor, le podrá contar la historia de la política que había detrás.

—¿Qué le dirá entonces?

—Le contaré, entre otras cosas, lo que me dijo su padre después del atentado: '¿Mamá, por qué no hacemos lo que quiere ETA para que no maten más papas...?'. Y tendré que apoyarme en la historia de Euskadi y en cómo fue la vida de su abuelo desde que nos conocimos. Me gustaría ir con mi nieta a Alemania y explicarle su vida desde el principio.

—¿Cree que se debería incluir el relato del asesinato de Enrique Casas en los futuros materiales del programa Herenegum?

—Creo que debería estar entre las víctimas que aparezcan aunque sea en forma de listado, sobre todo porque fue uno de los primeros asesinatos claramente políticos. Lo que no me parece normal es que en esa unidad didáctica se mencione a Ramón Rubial de pasada. Creo que hay una gran falta de equilibrio y comparto las aportaciones que ha hecho el PSE-EE. El lehendakari ha hecho muy bien en aplazarlo. Lo que más me molesta es que se utilice el mismo lenguaje de

Dührkop pronunciará en el acto del 11-M en Bruselas el discurso de la delegación española

El 11 de marzo, Bárbara Dührkop será la encargada de leer el discurso de la delegación española que asistirá, en Bruselas, junto a otras víctimas del terrorismo al acto del 'Remember Day', organizado por la Comisión Europea. La europarlamentaria, que estará acompañada, entre otras víctimas, por Sara Buesa, hija del parlamentario del PSE asesinado en Vitoria, prepara un discurso en el que quiere subrayar 'lo que la violencia les han robado a las propias víctimas: su propio proyecto de vida, político, de pareja...'. «Les privaron de ver cómo sus hijos se manejan en la vida, cómo han llegado a ser en el futuro...», añade. En su caso recuerda que Enrique y ella solían hablar, en la terraza de su casa, de cómo imaginaban ese futuro. «Me solía decir: 'Te imaginas cuando seamos viejos aquí sentados, los niños tendrán su vida, tendremos nietos y nos quedaremos solitos...?'. No pudo ser, rememora apenada.


la izquierda abertzale: lucha armada, conflicto... Es terrorismo y ya está. —¿Qué cree que se puede hacer para convencer a ETA y a los que le apoyaron de que deben reconocer que fue injusto asesinar, amenazar, extorsionar...? —Poca cosa, creo que tiene que ser un acto de introspección y reflexión de ellos mismos. Si la violencia y la muerte no les ha afectado hasta el momento, no le va a afectar ahora. —¿Está de acuerdo con la política penitenciaria que ha puesto en marcha el Gobierno de Pedro Sánchez con acercamientos de presos de ETA a cárceles cercanas a Euskadi? —Desde el momento en que ETA ha dejado de matar, creo que es lógico que se haga. A los que lo critican les diría que Acebes, como ministro de Interior, y Aznar acercaron al asesinato de Enrique después de unos años, así que no vengan a contar cuentos. Una vez que han dejado de matar no es un privilegio. Hay que aplicarles la ley vigente. En el momento en que lo que pretendían desaparece, la dispersión no tiene sentido ninguno. —¿Qué sabe de los asesinos? —Uno tiene que estar por aquí. El autor material murió en Lasarte el mismo año, en un intento de volar un concesionario. El otro Merino Quijano, era de San Sebastián y le soltaron a los 16 años. —¿Si se encontrará con él qué le diría? —Creo que no le reconocería, pero si alguien me dijera este es Merno Quijano me acercaría, le diría quien soy y mi única pregunta sería: '¿Por qué? ¿Para qué ha servido?'. Seguramente no tendría respuesta. Tampoco le perdonaría, creo que no se puede perdonar que alguien mate a tu marido, y deje tres hijos huérfanos. Si me pidiera perdón, creo que no se lo concedería, pero eso no significa que guarde rencor, simplemente es que no es perdonable.


«Creo que a los nietos debo contarles la verdad desde el principio para que el relato sea parte de su vida de forma natural»

«Siento amargura al recordar a Richard dando patadas en la pared y diciéndome: 'No vayas, no vayas'»


«Si a la izquierda abertzale no le ha afectado la violencia y la muerte no lo va a hacer ahora»


Reformas






Salud y Bienestar







Autobuses



Prevención de Riesgos Laborales





943 410 831

localdigitalkit @ diariavasco.com